

Dos océanos y una carretera - ambos gobernados por el viento

Tras desviarnos de la Carretera Austral, nos dirigimos hacia Chile Chico, un pequeño paso fronterizo donde oficialmente comenzaría nuestro zigzag en la Patagonia. El plan es sencillo: cruzar a Argentina, zigzaguear entre los dos países y, finalmente, regresar a La Carretera.



El camino a Chile Chico fue increíble. El Lago General Carrera, conocido como Lago Buenos Aires en el lado argentino, con su vasta superficie azul fluyendo, se extendía silenciosamente entre dos naciones. La carretera se aferraba a acantilados estrechos y sinuosos, cada curva revelando rocas escarpadas, laderas verdes, picos cubiertos de nieve y glaciares lejanos. Allí nos encontramos con los californianos que conocimos en Barichara. Seguimos en las mismas esquinas del mapa, viéndolos repetidamente a ellos y a su Jeep. Ha quedado claro que no solo seguimos la misma trayectoria, sino que tenemos muchas cosas en común.

En una curva vimos una pequeña cala con un arroyo y decidimos que sería nuestro hogar esa noche. Solo los Tres Mosqueteros, el sonido del agua sobre las rocas y una cima cubierta de nieve decorando nuestra "habitación de hotel". Scott probó su suerte pescando... la comida fue sopa de cebolla y carne de nuestra cocina de Taco Libre.

A la mañana siguiente, cruzamos a Argentina. El proceso fue sencillo, aunque nuestra bienvenida vino acompañada de la versión patagónica del frío. La agente de inmigración no fue nada cálida, pero por suerte, este tipo de frío humano no duró mucho.

Pasamos la noche en Gobernador Gregores, y luego llegamos a El Chaltén, un sitio de prioridad en nuestra lista de lugares a visitar - famoso por los cerros de Fitz Roy y Cerro Torre, dos de las agujas de granito más icónicas y dramáticas del mundo – El Chaltén nos recibió con lluvia y nubes grises, con las montañas casi completamente escondidas.

Nuestro pequeño hotel estaba manejado por una pareja mayor, muy querida, y esa noche encontramos una excelente comida argentina para olvidar que El Chaltén nos recibió con un viento frío.

Solo habíamos reservado dos noches, sabiendo lo impredecible que puede ser la Patagonia: no programas las montañas, esperas a que te encajen en su horario impredecible tras la aprobación final del viento.



Por suerte, al día siguiente las nubes empezaron a moverse. Pasamos por el centro de visitantes para preguntar acerca de las condiciones de los senderos y el pronóstico del tiempo. Desde el mirador, finalmente pudimos ver el Monte Fitz Roy y el Cerro Torre, sus picos flotando entre las nubes, provocándonos con cada movimiento del viento. Y de repente, apareció un cóndor, deslizándose contra Fitz Roy. Ver esas enormes alas tallando el cielo patagónico fue como una de esas vistas que solo puedes contemplar mientras observas el programa Planeta Tierra.

A la mañana siguiente, la Patagonia recompensó nuestra paciencia. Un cielo azul impecable. Ni una nube a la vista. Nos dirigimos a Laguna Torre bajo Cerro Torre. Lo que iba a ser una caminata de nueve kilómetros se convirtió en diez kilómetros y medio de ida y vuelta. Hemos concluido que Argentina debe haber inventado su propio sistema métrico. Cuando llegamos a Laguna Torre, cualquier diferencia de distancia desapareció rápidamente al ver los témpanos de hielo flotando en el lago bajo la silueta de Cerro Torre. Nos quedamos casi dos horas, sin decir mucho, simplemente absorbiendo el silencio y la magnitud de nuestro alrededor.



El trayecto de ida y vuelta sumó veintidós kilómetros. Cuatro kilómetros extra no parecen mucho, pero el cuerpo lleva la cuenta. ¡Nos ganamos nuestra pizza esa noche!



El cielo azul volvió a la mañana siguiente, así que nos quedamos unos días mas. Cuando Patagonia ofrece una invitación clara, la aceptas. Caminamos hacia Fitz Roy, llegando a Laguna Capri bajo otro cielo casi completamente despejado. En camino al sendero, un cóndor pasó directamente por encima de nuestras cabezas, lo suficientemente cerca para oír el viento bajo sus alas. Pasó tan cerca que nos dejó simplemente atónitos y sin palabras por la experiencia. En Laguna Capri pasamos horas viendo a Fitz Roy completamente expuesto contra el cielo azul despejado. Mira nuestro vídeo de YouTube El Chalten.

Desde allí manejamos hasta El Calafate para ver el glaciar Perito Moreno. Incluso bajo nubes, el glaciar hipnotizaba – el hielo agrietándose, las paredes azules que se alzan del agua, la naturaleza actuando sin instrucción y el viento dirigiendo el espectáculo. Al día siguiente cruzamos en barco el Lago Argentino para ver los glaciares Spegazzini y Upsala, pasando junto a témpanos de hielo esculpidos como gigantes merengues azules creados por un chef talentoso pensando en el color azul. Mira nuestro vídeo de YouTube El Calafate.



Tras unos días en El Calafate, incluyendo el Día de San Valentín celebrado con cócteles acompañados de hielo glaciar, manejamos hacia el cruce Río Guillermo/Dorotea para nuestro primer zigzag de regreso a Chile. El cruce fue el más fácil

hasta el momento. El agente de aduanas apenas inspeccionó el carro e incluso nos dio sugerencias sobre la ruta que acabaría llevándonos al fin del mundo.

Antes de ir más al sur, pasamos unos días en Puerto Natales, un punto de partida hacia la naturaleza lleno de mochileros y gente echando dedo, lo que nos molestó un poco.



Allí nos encontramos por primera vez con representaciones de Selk'nam, habitantes indígenas de Tierra del Fuego. Su pintura corporal ceremonial, líneas blancas y patrones geométricos en rojo y negro, aparecen en estatuas por toda la ciudad.

Conocer a los Selk'nam nos llevó a investigar la propia Tierra del Fuego. El archipiélago comienza justo al sur del Estrecho de Magallanes, donde la parte continental de Sudamérica se fractura en islas azotadas por el viento. Su nombre, "Tierra de Fuego", fue dado en 1520 por Fernando de Magallanes (que a propósito en Chile le dicen Hernando) quien vio fuegos indígenas ardiendo a lo largo de la orilla al atravesar el estrecho que hoy lleva su nombre.

La ironía no pasa desapercibida: incluso en verano, esta tierra de "fuego" es fría. El viento atraviesa capas de ropa, y el sol engañoso no garantiza calor.

Tras unos días en Puerto Natales, nos dirigimos hacia Torres del Paine, otro lugar muy esperado. Era uno de esos días soleados y hermosos, pero el viento tenía otros planes. Soplaban casi tan fuerte como los vientos que vivimos durante nuestro primer huracán en Florida en 2022. Al acercarnos al parque, las Torres y los Cuernos del Paine comenzaron a alzarse en el horizonte, creciendo más con cada kilómetro.

De camino a la entrada del parque, paramos en un mirador para admirar las montañas escarpadas. Por el viento, nos quedamos adentro de Taco Libre y sentimos balancearse de un lado a otro, ya fuera por el viento tan fuerte o quizás por el deseo de bailar. El Chikito de Mafe, el Mazda Miata, habría despegado como Mary Poppins con ese viento. No intentamos que E.T., nuestro dron, capturara el momento. Tal vez hubiera llamado a su casa de forma permanente.

Dentro del parque, había carteles que advertían que los vientos eran más de 80 kilómetros por hora. La carretera hacia el Mirador Los Cuernos estaba cerrada al tráfico de carros, convirtiendo una caminata de cinco kilómetros en siete. Caminar en contra del viento hace que un kilómetro parezca dos o tres. El viento no solo te empuja, te sacude, ¡algunos pueden pensar que estás ebrio!

Con las restricciones de carros, el sendero estaba casi vacío. Primero paramos en la cascada del río Paine, que alcanza una velocidad de 100 metros cúbicos por segundo. La bruma del agua se retorció lateralmente con el viento, como tornados de Oklahoma, y el agua llevaba ese azul luminoso que sigue reapareciendo en la Patagonia. Hablando de azul, el nombre "Paine", de la lengua indígena tehuelche, significa "azul".



En el mirador de Los Cuernos del Paine, tuvimos el sitio y la vista completamente para nosotros. Los cuernos se alzaron abruptamente contra el cielo, y estuvimos casi una hora de pie, aguantando frío, agradecidos por la rara soledad y viendo cómo el viento movía algunas nubes pero no todas.



Esa noche el viento se intensificó aún más. Al día siguiente, el tiempo se negó a colaborar con nosotros para explorar el sendero principal hasta la base del Cerro Torre, recordándonos quién marca las reglas. Así que caminamos hasta Lago Gray, donde la inmensa pared del glaciar Grey brillaba en diferentes tonos de azul. No te preocupes Cerro Torre, volveremos a Torres del Paine en nuestro camino hacia el norte.



Desde allí manejamos hacia el sur hasta Punta Arenas por el Estrecho de Magallanes, por la Ruta del Fin del Mundo, el histórico pasaje que conecta los océanos Atlántico y Pacífico. El horizonte parecía amplio y abierto, el aire frío un recordatorio constante de lo lejos que habíamos llegado al sur y de lo cerca que está la Antártida.



Los días soleados no equivalen a calor. Incluso en verano las temperaturas oscilan entre 9 y 16 grados C, y la sensación térmica reduce rápidamente la cifra. Como resultado, las capas de ropa en la Patagonia son tus aliadas y te recuerdan que no te vistes por moda, sino por supervivencia. Por lo tanto, a veces puedes parecer un payaso con la variedad de colores con tus muchas capas de ropa.

En Punta Arenas visitamos el Monumento al Pingüino: cogimos un barco para ver pingüinos de Magallanes. Delfines saltaron en el camino y leones marinos descansaban en boyas.

Tras unos días, embarcamos en el ferry hacia Porvenir, un pueblo tranquilo junto al estrecho y nuestra base para los pingüinos reyes visitantes.

Porvenir significa "el futuro", pero el pueblo parece suspendido en el tiempo. Un poco desgastado, un poco olvidado, como si estuviera esperando perpetuamente a que algo (el futuro) llegue. Exploramos las vastas llanuras amarillas más allá del pueblo sin encontrar otro carro. Los guanacos aquí reaccionaron de forma diferente. A diferencia de otras zonas donde parece que no les molestan los carros, aquí, al zumbido lejano de nuestro motor, salieron corriendo.

También vimos un culpeo, el zorro patagónico, aunque está más emparentado con la familia del lobo. Verlo en esa inmensidad, bajo cielos despejados, sin más carros ni personas a la vista, parecía que la Patagonia nos estaba dando en ese momento la lejanía salvaje con la que habíamos soñado desde que empezamos esta aventura.

Sin mucho más que hacer en Porvenir, vimos Casablanca. Otros siempre tendrán a París, nosotros siempre tendremos a Porvenir.

Al día siguiente visitamos una colonia de pingüinos rey e incluso vimos una ballena por el camino. Para entonces habíamos conocido a tres especies: los pingüinos de Magallanes que caminan con determinación, los pingüinos de Humboldt ruidosos y animados, y los pingüinos rey, más altos con marcas naranjas y amarillas, que se mueven con autoridad sabiendo que son los gobernantes de la tierra. Una observación: los pingüinos rey, a diferencia de los otros dos, no se aparean de por vida. Incluso en el mundo de los pingüinos, la lealtad en relaciones varía.



Siguiendo el consejo del servicial agente de aduanas en Chile, nos adentramos más en la Tierra del Fuego chilena hacia el Parque Natural Karukinka antes de cruzar hacia Argentina.

Karukinka es vasto y dramático. Vas por amplios valles abiertos donde la tierra se extiende sin fin, y de repente, sin avisar, aparecen bosques densos. Los árboles crecen tan cerca con un ambiente misterioso que no puedes evitar

pensar en cuentos de la infancia. No nos encontramos con ningún lobo saliendo detrás de un árbol, como Caperucita Roja, pero sí encontramos zorros y muchos guanacos con sus crías.

En Karukinka, llegamos al final del camino en la Tierra del Fuego chilena y acampamos solos junto a un río, rodeados de arbustos de calafate cargados de frutas. Naturalmente, preparamos bebidas de calafate, pensando en la leyenda de que quien come calafate está destinado a volver.



Cuando llegamos al parque, las nubes ocultaban las montañas en un tranquilo juego a las escondidas. Se sentía como una pelea silenciosa entre montañas que querían ser vistas y nubes que insistían en cubririrlas. El viento se designó a sí mismo como árbitro y mantuvo el resultado impredecible. Había lluvia ligera, lluvia intensa, cambios ligeros, más viento, y luego llegó la hora de dormir junto al río.

Nos despertamos con la luz del sol, cielos casi despejados, como si la mayoría de las nubes hubieran continuado su propio viaje. Las montañas quedaron completamente expuestas con capas de verde, café, un naranja rojizo y algunas de las cumbres más altas decoradas con parches de nieve. Desde allí cruzamos de nuevo a Argentina sin retrasos. El paisaje se transformó en llanuras abiertas, y poco a poco reaparecieron montañas mientras avanzábamos hacia Ushuaia.

Al acercarnos a Ushuaia, las montañas surgieron abruptamente. La carretera en curvas junto al agua antes de ascender hacia el pueblo. Para quienes amamos las carreteras sinuosas, fue el camino perfecto hacia el fin del mundo. Las imponentes montañas se anunciaron antes que el cartel de la ciudad.

Ver el cartel que marcaba la ciudad más al sur del mundo se sintió como un sueño hecho realidad. Ushuaia se encuentra en la Isla Grande de Tierra del Fuego, separada de la Sudamérica continental y limitada por el canal Beagle. Al igual que Hawái en Norteamérica, pertenece al continente políticamente, pero no físicamente.

De repente, nos dimos cuenta de que por la mañana habíamos estado junto al océano Pacífico en Chile, y por la tarde, en Ushuaia, en Argentina, junto al Atlántico. Dos océanos, y un trayecto relativamente corto.

Esa noche celebramos con cangrejo local fresco. Nuestra mesa reservada no estaba lista, así que esperamos en el bar con una entrada y un aperitivo. Cuando pedimos que pasaran del bar la cuenta a nuestra mesa, el mesero sonrió y nos dijo que era invitación de la casa por las molestias. Un pequeño gesto inesperado y generoso en el borde del continente.

Hemos llegado al fin del mundo, pero no la aventura. Si hemos llegado al final del camino está aún por verse.

2 de marzo del 2026

